

pimientos, tomates y lechugas, que tuvieron la esquina misma del Cristo como lugar único de estacionamiento, más fijos que el barquillero y el afilador que solían correrse hacia la puerta de Federico o al sol de la mañana contra la churrería de Sacramentos que tenía más abajo a Pedro Cagalera con sus banastas de sardinas y cestos de albaricoques, perillas y guindas a los que se llamaba «broza».

La hermana Pepa que, por madrileña y también por estéril, era muy cuidadosa y derramaba en los enseres su reserva de amor de madre, se hallaba como en su pueblo y cada día al abrir la puerta se encontraba con algo cambiante que había traído el tiempo, lo que le servía de distracción pero también de recuerdo de lo que nunca podría olvidar. Y siempre también el aire encontrado de las mentes desviadas, la roñosería de Juan, las simpladas de Aquilino el de la bufanda, los gruñidos del mudo de la Camarena o del de Cabrera, las fantasías lucubrantes del carnicero y las no muy sosegadas del zapatero, lo estático del tabernero y los valetudinarios que cruzaban arriba y abajo y a los lados, manteniendo el aire del Cristo revuelto, arremolinado y a la gente con escaso brío para el auge.

Personaje notable del Cristo lo fué la Petrucha, en el rincón de la vuelta de la churrería de Sacramentos, con su patio largo, estrecho, empedrado, de habitaciones a la derecha. Su nombre hace alusión a su corpulencia. Gran figura de mujer, frondosa planta. Su nombre era Petra Raboso, Perra por lo tanto, y el hombre, Santiago Molina, el gañán de Santiaguillo.

Este barrio que parecía y estaba llamado a ser el de los adelantos, no lo fué sin embargo, fué más bien arrabal y colector de detritus. Por él deambularon constantemente, como sonámbulos entre los pícaros, todos los tontos del lugar y muchos que sin estar catalogados en esa clasificación pública, les faltaba un verano, como decía Victoriano el Viejo que tenía sus ramalazos y sus golpes de vista.

Aquilino, el de la bufanda, era un mozo de la quinta del Rey como decía él siempre, Aquilino Pérez Leal, que estaba por el Cristo por vivir en la casa que últimamente se conoció como la del rincón de Notal, donde su madre, a la que le daba un turrutaco, tenía parte. El solía llevar cargas de agua a las casas, cuando le parecía bien, con una borrica que tenía, pero no sabía las perrillas que tenía un real, cosa que también ha pasado con otros ricos del recinto.

Era un oligofrénico con sus temporadas de silencio y de murria alternando con otras de locuacidad en las que pasaba las noches en vela diciendo que lo cogían y gritando:

—¡Veros, veros!, sin dejar de dormir a la pobre Olalla.

Esta casa donde vivía Aquilino o del rincón de Notal, tiene oído la Salud que fué posada y su emplazamiento y estructura lo hacen verosímil, lo mismo que haber sido horno de yeso después, porque su bisabuelo era Leal, como el de Aquilino y los leales alcazareños son fundamentalmente yeseros.

Dado el carácter unas veces descriptivo, narrativo otras y siempre recopilativo de esta obra, se siente la necesidad de salvar del olvido hasta los pequeños detalles que puedan servir a los venideros para la reconstrucción de nuestra vida anterior.

Gracias hoy a la buena disposición de la Salud del horno —Salud Peñuela— se puede confirmar que su casa está en la Puerta de Villajos,